



sábado 27 de diciembre de 2003

Opinión - Colaboraciones

## UN RARO GENIAL: DON RAMÓN CARANDE (1887-1986)

Por EDUARDO GARCÍA DE ENTERRÍA de la Real Academia Española

QUIENES tuvimos el formidable privilegio de haber conocido y tratado íntimamente en vida a don Ramón Carande, Profesor de Economía en la Universidad de Sevilla y fundador en España de la historia económica, que él ilustró con libros capitales (Carlos V y sus banqueros, 3 volúmenes, traducciones parciales a varios idiomas, Sevilla, fortaleza y mercado, etc.), guardamos de él un recuerdo absolutamente imborrable. Había sido discípulo directo de don Francisco Giner de los Ríos y de don Antonio Flores de Lemus, se formó (hijo único de un viudo ejemplar, don Manuel, republicano de Ruiz Zorrilla) haciendo parte del bachillerato en un colegio religioso francés y ampliando estudios (bajo la égida de la famosa Junta que cambió desde 1907 el panorama de nuestra Universidad) en las Universidades alemanas de Munich y Berlín inicialmente, y después ya catedrático de Economía, en las de Munich, Berlín y Friburgo, donde se perfecciona como historiador. Rector de la Universidad de Sevilla, en los años 1930-31, la República, que pretendió, vanamente, hacerle Ministro, le hizo Consejero de Estado, cargo del que dimite cuando el Gobierno disiente de un dictamen por él redactado. Militó en la Asociación al Servicio de la República bajo la dirección de Ortega, a quien consideró su «jefe político» y, finalmente, pasa a ser alto ejecutivo del Banco Urquijo, donde conoció a quien pasaría a ser uno de sus fraternales amigos, Juan Lladó. La guerra civil, que pasó aislado de su familia en Madrid, casi toda viviendo en la casa de José María Cossío, determinó que antes de su final hubiese sido «depurado» como catedrático dada su condición notoria de «institucionista».

Pero discípulos y admiradores suyos falangistas, sobre todo Pedro Gamero del Castillo, le hicieron tras el fin de la guerra, para librarle de ese castigo, nada menos que Consejero Nacional del Movimiento, cargo del que también dimitiría enseguida. Único concursante a su propia vacante en la Universidad de Sevilla, el Ministerio, que volvió a recordar su condición de gineriano, tardó más de seis años en asignarle la plaza. Pero es durante esos años sin empleo oficial cuando emprende, en la plenitud de su vida, la ingente obra sobre la economía de los Austrias, que le daría fama definitiva en todo el mundo, pasando a ser uno de los pocos miembros del Comité Internacional de Ciencias Históricas. Miembro de la Real Academia de la Historia (también con dificultades políticas, que ocasionaron retrasos), muchas Universidades nacionales y extranjeras le otorgaron doctorados «honoris causa», recibiendo honores de medio mundo y aún, con la vuelta de la democracia, del gobierno y de todo género de instituciones españolas.

Pero todo eso es la historia externa. Lo más relevante de Carande era su fabulosa personalidad. Dotado de una cultura universal y de curiosidades en todos los ámbitos de la inteligencia, cultivó, aparte de su especialidad, donde

era imbatible, dos cosas entre todas: la amistad, que él administró sin tasa a quienes, con una penetración también imbatible, creía hombres de bien, y los géneros literarios epistolar y memorialista. Lo acredita con varios libros de memorias y con las semblanzas inigualables de sus amigos «raros». Ejemplar, aun literariamente hablando, su espléndida «Galería de raros», 1ª ed. 1983, donde describe, con gracia literaria de primer orden, a un grupo de «ágrafos» magistrales y generosos de quien se consideraba deudor (considerarse deudor de los amigos era una de sus debilidades, lo que es inequívoco índice de generosidad y de bondad). Mantenía con todos sus amigos una correspondencia asombrosa, llena de gracia, de vivacidad y de simpatía, jamás desfalleciente; cuando supo que iba a morir (¡a los 99 años!) dictó una carta colectiva a todos sus amigos diciéndoles que a partir de ese momento dejaría de contestar a nuevas cartas. Yo hice entonces un viaje a Sevilla para despedirme de él, hecho para mí inolvidable.

Yo había entrado en contacto con él hacia la mitad de los años 40, porque mi madre y él eran primos; pero ese nexo familiar quedó enseguida en un segundo término ante la viveza de una amistad profunda y fresca, inolvidable y aun siempre presente para mí.

Ahora su recuerdo se nos presenta vivaz y lleno de un atractivo único con la lectura del hermoso libro que le ha dedicado su hijo Bernardo Víctor Carande, «Ramón Carande. Biografía ilustrada», que acaba de publicar la Fundación El Monte, de Sevilla. Bernardo tiene ya una importante obra literaria y es un magnífico escritor. Aquí expone con pasión y con finura ejemplar la personalidad y la vida de su padre, de quien fue valedor generoso, incluso su amanuense en los años finales. Le acompañó en los incontables viajes europeos del final de su vida, asombrosos por lo que revelan de curiosidad y de afán de conocer (conciertos, obras teatrales, visitas a Universidades y monumentos, profesores, políticos, etc.), afán nunca disminuido.

El libro acierta plenamente en poner en pie personalidad tan singular y atractiva. Como es natural, conoce y expone claves íntimas del formidable personaje, dotado de una vitalidad y una frescura milagrosas. Transcribe constantemente párrafos de esa correspondencia múltiple con la que trenzó su vida con un amplio grupo de amigos, y con frecuencia indica (y alguna institución debería tomarle a la letra) que la correspondencia de don Ramón con alguno de sus amigos debería publicarse íntegra por su enorme interés humano e histórico. Asombra la riqueza de este «raro» genial: su generosidad, su fidelidad, su capacidad de buscar lo esencial de toda persona, su vuelco resuelto por las buenas causas, que le haría dirigirse directamente a cualquier persona, por alta que estuviese (por ejemplo, el Príncipe de Asturias, Santiago Carrillo, cardenales, científicos) para dispensarle su aliento, su censura o sus consejos; con los más bajos fue igualmente fiel (fue muchos años miembro activo de la Conferencia de San Vicente Paúl en Sevilla).

La lectura de este libro pone en pie al asombroso personaje y sus atractivas y únicas cualidades, que jamás declinó en su vivo estilo vital, hasta su muerte casi centenario. Quienes le conocimos y le quisimos podemos saciar en el libro nuestra nostalgia, avivar el recuerdo de un hombre genial e inolvidable, cuyo afecto y virtudes tanto nos ayudaron y tanto seguimos recordando. Quienes no tuvieron el privilegio de conocerle y de tratarle, pueden contemplar ahora la singular figura de un hombre en verdad superior y único, dotado de cualidades y de gracias articuladas de forma casi milagrosa.

¿Me será permitido decir que el recuerdo de Ramón Carande es para quienes tuvimos el gran honor, el formidable honor de ser sus amigos -amigos en relación constante, por la continuidad y calor de sus cartas únicas cuando la distancia nos separaba-, tenemos en su recuerdo vivo y presente uno de los apoyos más eficaces para seguir viviendo, para no dejarnos llevar por el desánimo o por el pesimismo? Él, que murió rezando el padrenuestro en el francés de su niñez, y que siempre nos contempló a quienes fuimos sus amigos en la mejor de nuestras caras posibles, a veces más o menos imaginarias respecto a la realidad, nos enseñó para siempre que la superación, la generosidad y la esperanza son las primeras virtudes de una persona.

Gracias muy efusivas a Bernardo Víctor Carande por no dejar que el recuerdo único de don Ramón pueda perderse ni entre quienes no le conocieron y trataron ni tampoco entre quienes con él y con su ayuda convivimos un trecho del camino.